

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MONCADA, *junto á la mesa de la derecha, revisa cartas y papeles, demostrando inquietud y tristeza. Junto á la mesilla de la izquierda, DOÑA EULALIA, entretenida en una labor de gancho; á su lado LA MARQUESA, como de visita. Después VICTORIA, que entra y sale varias veces durante la escena.*

LA MARQUESA

Pues sí, muy contenta en mi casita.

EULALIA

Daniel se entonará con la vida de campo.

LA MARQUESA

Falta le hace. (*Bajando la voz.*) No creas... algo me inquieta esta aparición de Victoria.

EULALIA

¿Temes que tu hijo, al verla...? ¡Oh, no!... con el nuevo giro que la idea religiosa ha dado á sus sentimientos, no es fácil que ninguna pasioncilla mundana asome la cabeza... Pero di, ¿tú crees sinceramente en el misticismo de ese pobre muchacho?

LA MARQUESA, *suspirando*.

¡Oh! si.

EULALIA

¿Y lo celebras?

LA MARQUESA

¡Qué sé yo...! No puedo negar que, atendiendo á los intereses, me contraría el cambio de vocación..., digámoslo más claro, de oficio. Pero...

EULALIA

Pero como lo espiritual es ante todo, te conformas, quiero decir, te alegras de que tu hijo cambie la toga por la cogulla ó la sobrepelliz...

LA MARQUESA

Claro que debo alegrarme... ¡Y cuidado que el bufete de Daniel prometía!... (*Suspirando*.) ¡Vaya si prometía!...

EULALIA, *bromeando*.

Positivismo, ¿eh?

LA MARQUESA

Llámalo vida, necesidades... ¡Ay!, yo también miro al cielo, pero como ya no veo caer el maná, tengo que revolver la tierra buscando su equivalente.

MONCADA, *con sobresalto, mirando su reloj*.

(¡Ese maldito Huguet, cuándo vendrá!)

LA MARQUESA

(Inquieto está el pobre Juan... ¿Si será oportuno hablarle ahora?... Vamos, me lanzo.) Juan.

MONCADA

¿Qué?

LA MARQUESA

Tengo que hablar á usted de un asunto.

MONCADA

Usted dirá.

LA MARQUESA

Me parece que el otro día le indique... Soy muy prevenida, y antes de que venza el plazo del préstamo que hizo usted á mi marido...

MONCADA

Ya; la hipoteca del Clot... ¿Cuándo vence?

LA MARQUESA

Dentro de cinco meses.

MONCADA

Pues no corre prisa.

LA MARQUESA

Es que quiero anunciarle con tiempo que ne-

cesito una prórroga... dos años más, querido amigo... dos años, en los cuales pagaré intereses, pues no acepto el favor sino con esta precisa condición... (*Advirtiendo que Moncada, profundamente abstraído, no se entera.*) ¿Pero no me oye?

MONCADA

¡Ah! perdone usted... Me distraje... Sí, sí, cuente usted con...

LA MARQUESA, *marcando bien la frase.*

Prórroga con intereses.

MONCADA

Quitese usted de ahí... No faltaba más sino que yo cobrase réditos á la viuda de mi mejor amigo, á la mujer heroica que ha sabido defenderse, y aun vencer, en la horrorosa lucha con la adversidad y con...

LA MARQUESA

Con la miseria, dígalo... (*Conmovida.*)

EULALIA

¡Ay, Florentina, tu pobre Silverio... qué excelente hombre!... ¡Cariñoso padre, esposo amante y fiel! Pero vamos, hija, ¡que te dejó una herencia...!

LA MARQUESA

¡Sí; deudas enormes que he ido cancelando á fuerza de sonrojos y privaciones horribles. (*Queriendo alejar un triste recuerdo.*)

MONCADA

Silverio no se perdió por vicioso; no fué lo que vulgarmente llamamos una mala cabeza.

EULALIA

Al contrario, pasaba por una de las primeras de Cataluña.

LA MARQUESA

Y eso fué lo que le perdió: su gran entendimiento, la extraordinaria alteza de sus ideas. Vivió poseído de la fiebre de las mejoras y de la pasión de los adelantos. Se embriagaba, si, esa es la palabra; se emborrachaba con el maldito progreso, y no vivía más que para visitar exposiciones extranjeras...

MONCADA

Y traerse acá las máquinas más perfectas de agricultura y de industrias agrícolas.

LA MARQUESA

Por esto, bien puedo decir del pobre Silverio que fué una víctima de la civilización. (*Sigue hablando con Doña Eulalia.*)

VICTORIA, *entrando por la izquierda con una taza de caldo.*

Vamos, papá, tómate este caldito. Hoy apenas almorzaste.

MONCADA

Pues sí que lo tomo. (*Coge la taza.*) ¿Gusta usted, Florentina?

LA MARQUESA

Gracias.

MONCADA

Ay, hija mía, ¡cuán breve el consuelo que me das! ¡Tres días tan sólo...!

VICTORIA

Pidamos seis á la Madre Superiora.

MONCADA

Sí, sí.

VICTORIA

Daremos el encargo á Sor Sagrario, que hoy se vuelve allá. ¿Qué quieres ahora? (*Recogiendo la taza de caldo.*)

MONCADA

Que me traigas aquel libro de cuentas que quedó en la mesa de mi despacho.

VICTORIA

Voy. (*Vase por la derecha dejando la taza sobre la mesa.*)

LA MARQUESA, *con desconsuelo, mirando á Victoria.*

(¡Lástima de muchacha!) Pues como te decía, sólo Dios conoce mi angustioso batallar con las dificultades y apreturas que me legó el pobre Silverio. Durante algunos años, cuando no veía yo para coser la ropita de mis niños, me quemaba las cejas haciendo cálculos... para defender y estirar el miserable céntimo. Yo misma he vendido al menudeo la lana de mis ovejas de Castellar del Nuch, y he almacenado en mi alcoba, esperando mejores precios, las patatas del Clot. Se me han estropeado las manos lavando mi ropa, y mi rostro aprendió á no ruborizarse pidiendo á este y al otro amigo los libros en que mis hijos habían de estudiar.

VICTORIA, *entrando con el libro, que da á su padre.*

Aquí está.

LA MARQUESA

En este atroz combate, cayéndome hoy, levantándome mañana, sin hacer caso de las manguaduras del amor propio, perdí mis tierras del Panadés. Hoy, en la situación modestísima que he podido conservar, libre ya, ó casi libre de acreedores, me conformaré con salvar mi finca del Clot, la casa patrimonial donde nací,

aquel terruño queridísimo que guarda la memoria de mis padres. Si lo perdiera, me moriría de pena.

MONCADA, *recordando, con pena.*

¡Ay! espere usted, Florentina.

LA MARQUESA

¿Qué?

MONCADA

Que no sé si ese crédito va comprendido entre los que se llevó Huguet para intentar una negociación...

LA MARQUESA

Por Dios, no me asuste usted...

MONCADA

No apurarse. En todo caso, lo retiraremos antes de hacer la negociación. Como es cosa de poca entidad...

LA MARQUESA

Relativamente. Para mí es mucho, para usted una bicoca.

MONCADA

¡Ah! ya no hay bicocas para mí. Estoy arruinado.

LA MARQUESA, *asustadísima.*

¡Juan!

MONCADA

Como usted lo oye. (*A Victoria.*) Hija de mi alma, mira por dónde has resultado previsora dedicándote á ese santo oficio de asistir á los pobres y consolar á los desvalidos. Te estrenarás con tu propia familia.

EULALIA, *á la Marquesa, que está consternada.*

¿No ves que bromea? Y en último caso, Juan, á mí no me asusta la pobreza. Creo que á Florentina tampoco.

LA MARQUESA

¡Ay, la pobreza! Esa señora y yo hemos luchado á brazo partido, nos hemos peleado bien, bien, bien. Y como he recibido de ella tantos arañazos y mordiscos, francamente, no le tengo mucha ley, que digamos.

MONCADA

En fin, Eulalia, tú á un convento, yo al asilo de ancianos en que esté mi hija. (*Rompiendo papeles y arrojándolos al suelo.*)

EULALIA

Pues yo, tan contenta. (*A Victoria.*) ¿Qué dices tú?

VICTORIA

¿Yo? Que el alma siempre es rica. Su capital crece, y se multiplica cuanto más se le de-rocha.

EULALIA, *alabando la frase.*

¿Eh? ¿Qué tal?

LA MARQUESA

Victoria, cuéntanos tu vida. ¿Estás contenta en el Socorro?

VICTORIA, *siéntase en una silla baja, entre la Marquesa y Doña Eulalia.*

¡Oh, sí! ¡Qué paz, qué encanto, qué dulzura en aquella vida! Pero también paso mis penitas.

EULALIA

¿Penitas? Vamos. (*Fatigada, interrumpe su labor sin soltarla de la mano.*)

LA MARQUESA

Sí, por las tareas arduas, abrumadoras y á veces repugnantes que imponen á las novicias.

VICTORIA

Por eso no, más bien por lo contrario. (*Quitándole á su tía de las manos la labor de gancho y continuándola con gran ligereza.*) Perdóne usted, tía, no puedo estar sin hacer algo... Las faenas arduas, las cosas difíciles, muy difíciles, son las que me gustan á mí. Cuando me señalan trabajos fáciles y corrientes de los que puede desempeñar cualquiera, me aburro, me impaciento, me pongo triste.

MONCADA, *que á ratos atiende á la conversación, sin dejar de romper papeles.*

Eso es orgullo.

EULALIA

Y ofender á Dios. Hay que someterse.

VICTORIA

Si yo me someto. Me resigno á las cosas fáciles, no sin un poquito ó un muchito de violencia sobre mí. El mayor gusto mío es que me manden algo en que tenga que vencer dificultades grandes ó afrontar algún peligro que me imponga miedo, más bien terror, ó ahogar con esfuerzo del alma mis gustos de siempre, mis aficiones más arraigadas. Quiero padecer y humillarme.

LA MARQUESA

¡Qué viva imaginación la de esta chica!

MONCADA

Desde muy niña se distinguió por el entusiasmo repentino y ardiente.

EULALIA

Y por sus vehemencias, que á veces nos parecían raptos de locura.

MONCADA

Lo contrario de su hermana Gabriela; toda

reflexión y calma. En aquélla el instinto del método, las acciones lentas, las ideas prácticas; en ésta el arranque súbito, ideas brillantes, actos atrevidos que parecían obra de la inspiración ó del capricho.

EULALIA

¡Dichosa tú, hija mía, que allá te perfeccionas á tu gusto, y te mortificas tan ricamente sin que te moleste nadie!

LA MARQUESA

¿Ricamente? Fama tiene de muy estrecha la disciplina del Socorro.

VICTORIA

Pues á mí me parece ancha y cómoda. Yo quisiera más...

MONCADA

¿Más qué?

VICTORIA

Más trabajo, más dificultades, mayor violencia de la voluntad, para que el padecer fuera extremado y el sacrificio llegara al límite de las fuerzas humanas.

MONCADA

¡Ambiciosilla!

VICTORIA

Sí que lo soy!

EULALIA, *levantándose.*

Ea, basta de charla ociosa. Hoy Lunes Santo. Es hora de ir á la iglesia, que no faltan ¡ay! cosas que pedir al Señor. Victoria, ¿vienes?

VICTORIA

Después. No quiero dejar solo á papá.

LA MARQUESA

Yo te acompañaré. Rezaremos, sí. Hay que pedir, pedir... (¡Dios mío, que suban los fondos, que suban, sí, para que se arreglen los negocios de este buen hombre, providencia de tantos desdichados!) Juan, adiós, y no sea usted pesimista.

MONCADA

Adiós, amiga mía.

EULALIA, *á Moncada.*

No trabajes ahora. No olvides que Daniel vendrá hoy á buscarte para dar un paseo.

LA MARQUESA

¡Ah! sí... y que vendrá pronto; cuando salga de los franciscanos.

MONCADA

Aquí le espero.

EULALIA á Victoria, rechazando la labor de gancho que ésta le entrega.

Acábame esas vueltas, holgazana. (*Vanse las dos señoras por el fondo.*)

ESCENA II

MONCADA, VICTORIA

VICTORIA, en pie, sin mirarle, continuando su labor.

Y qué, ¿te escribo más cartas?

MONCADA, sentándose junto á la mesa

Sí; dos ó tres urgentísimas.

VICTORIA

Pues dictame. (*Deja la labor y se sienta por el otro lado de la mesa, tomando la pluma y preparándose para escribir.*)

MONCADA

No sé por dónde empezar... (*Dictando.*) «Señores Miró y Compañía...»

VICTORIA, escribiendo.

«Y Compañía... Muy señores míos...»

MONCADA

«Tengo el sentimiento de participar á uste-

des... que... por efecto de la liquidación del sábado...» (*Da un puñetazo en el brazo del sillón y se levanta airado.*) No puedo anunciar yo mismo mi descrédito, la deshonra comercial, la insolvenencia.

VICTORIA

Papá, ¿qué hablas ahí de deshonra?

MONCADA

Sí, hija de mi vida. Estoy arruinado... perdido...

VICTORIA

¿Pero es cierto que...?

MONCADA

Lo de menos es la riqueza. El caudal perdido puede ganarse otra vez. Pero la estimación, la pureza de un nombre intachable no se recobran una vez, perdidas.

VICTORIA, con extrañeza.

¡La estimación! Si Dios te estima, ¿qué te importa que no te estimen los hombres?

MONCADA, muy excitado.

¡Dios has dicho! La religión me consolará de la pobreza; no puede consolarme del descrédito vergonzoso.

VICTORIA

No te aflijas.

MONCADA

Y esos pobres niños, los hijos de tu hermano Rafael, tendrán que ser recogidos por los amigos de casa, ¡ó llevados á un hospicio!

VICTORIA

No me lo digas...

MONCADA

¡Y tu pobre hermana...!

VICTORIA

Se casará con Jaime, que no ha de rechazarla por pobre.

MONCADA

Y Jaime tendrá que recogerme á mí... No; imposible que yo sobreviva á este inmenso desastre.

VICTORIA, *cogiéndole las manos.*

¡Papá, por Dios crucificado...!

MONCADA

Déjame... No me prediques... No entiendo tu lenguaje... Ni tú entiendes el mio... Hiciste bien en ponerte en salvo, abandonando tu casa y tu familia antes de la catástrofe, que ya no te afecta, no puede afectarte.

VICTORIA, *con efusión.*

Papá, padre querido... No me hables así, que

me destrozas el alma. Te dejé cuando vivías en la opulencia. Pobre, no te hubiera dejado nunca. Te quiero tanto, tanto, que daría mi vida mil veces por evitar tus penas, por aliviarlas tanto así... Y ahora que vas á ser un pobrecito, ahora... no sé... cómo expresártelo... (*con calor y entusiasmo*) no sé, porque el amor que te tengo no cabe en mí, ni en el mundo entero.

MONCADA, *abrazándola tiernamente.*

¡Hija de mi vida!

VICTORIA

Ten fe, ten fe... y verás.

MONCADA

Bueno: por fe no ha de quedar.

VICTORIA

Pues nada temas; yo te salvaré.

MONCADA

¿Tú?

VICTORIA, *con resolución.*

Yo, sí... ¿Te burlas? Yo, yo... Aquí tienes á la que llamábais la loca de la casa, á tu hijita caprichuda y soñadora, aquí la tienes, amenazándote con nuevos delirios de su imaginación arrebatada. (*Con orgullo.*) Yo, sí, yo te sacaré de penas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MONCADA, *con mucho interés.*

¿Cómo?

VICTORIA

Pidiéndoselo á Dios.

MONCADA, *desalentado.*

¡Inocente, alma pura y sencillal! ¿Y crees tú que Dios...?

VICTORIA

Concede, sí, todo lo que se le pide.

MONCADA

¿Todo, todo?

VICTORIA

Sí, sí. Pero hemos de pedirlo con vivísima, con ardiente fe. Verás cómo imprime á nuestra voluntad una fuerza increíble, colosal, una fuerza que removerá todos los obstáculos...

MONCADA

¡Una fuerza! (*Confuso.*) ¡La voluntad! ¡Ah, si en la voluntad consistiera...!

VICTORIA, *con resolución graciosa.*

Tú déjame á mí, y verás...

MONCADA, *viendo entrar á Huguet.*

¡Ah! gracias á Dios. (*A Huguet.*) ¿Qué hay?

ESCENA III

Dichos. HUGUET

HUGUET

Nada, que Llorens Hermanos se declaran también en quiebra. No hay que pensar en salvación por ese lado.

MONCADA

Ni por otro alguno.

HUGUET, *como recobrando la esperanza.*

Y al fin, ¿habló Cruz contigo?

MONCADA, *sorprendido.*

¿Cruz?... No.

HUGUET

Accediendo á mis instancias, no desiste de comprar la fábrica, ni de hacerte el empréstito...

MONCADA

¡Ah! ¿pero en qué condiciones...?

HUGUET

Querido Juan, en las únicas posibles. ¿Pues qué creías tú? Otra cosa hubiera sido si... (*Recelando hablar delante de Victoria, que, sin moverse del asiento, continúa su labor de gancho.*)

MONCADA

No temas hablar delante de ésta. Ya la enteré de todo.

VICTORIA

Sí, sí; ya sé que querían sacrificar á mi hermana casándola con un bruto muy rico, con ese Cruz... No le conozco... ni quiero...

MONCADA, á Huguet.

Bueno, pues oiremos sus proposiciones. Si he de ser franco, no creo en la leyenda de su perversidad.

HUGUET

Ni yo. Pero creo en la tenacidad de sus resoluciones, en la dureza marmórea de su corazón. Trata los negocios con una rectitud huraña, rígida, inflexible como un lingote de hierro... Pues ese mismo hombre, tan fiero y de tan ruda forma, parecía un niño contándome su ilusión de entroncar con los Moncadas, de juntar las dos razas, las dos firmas... Y cree que su plan era cosa grande... (*Expresando con un gesto la superioridad.*) Cuando Eulalia y yo empezamos á conspirar, dirigióme el hombre esta carta... (*la saca del bolsillo*) en la cual sintetiza su pensamiento... (*Mostrándola á Moncada, que la rechaza con tristeza.*) Proponía, como verás, la creación de una Sociedad Comanditaria, á la cual

aportaba un capital de quince millones.. tú aportarías la fábrica, cuya gerencia desempeñaría él...

MONCADA

Calla, déjame. (*Con profundo disgusto.*) ¿A qué me pones delante de los ojos esa tabla, á la cual no podemos agarrarnos?

HUGUET

Admitiría la acciones de nuestro Banco al precio de emisión... Se pagarían todos los créditos pendientes...

MONCADA

Basta, te digo. Si no ha de ser...

HUGUET, guardándose la carta, amoscado.

Bueno, déjame al menos el derecho de maldecir nuestro destino.

MONCADA

Maldice, maldigamos todo lo maldecible.

HUGUET

Y no extrañes que el hombre, irritado por la sequedad humillante de la repulsa, te trate ahora como enemigo...

MONCADA

Si; ya sé que tendré que sucumbir á las circunstancias. Me estrujará para sacar el último

zumo del limón, y hará un estropajo de mis entrañas.

HUGUET

Y no podrás quejarte.

MONCADA

Si no me quejo. Renuncio á todo, hasta al derecho al quejido.

VICTORIA

Si me dejan decir mi opinión...

MONCADA

Dila.

VICTORIA

Pues no entren en tratos con el malo; que al malo, Dios le confundirá.

MONCADA

En eso estamos... Pero por de pronto, á quien confunde es al bueno.

HUGUET

¡Ea, que no es tan malo Cruz! Y en todo caso, hay que reconocerle una cualidad excelsa.

MONCADA

¿Cuál?

HUGUET

Que si no hay otro más duró para hacer cum-

plir, tampoco lo hay más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Mi hermano Roberto, que le ha tratado en América, me ha dicho que sus compromisos tiénense por cosa sagrada, y que su palabra vale tanto como escritura pública.

VICTORIA

Algo es algo.

ESCENA IV

Dichos. GABRIELA, que sale precipitadamente por la izquierda, con delantal.

GABRIELA, á Victoria.

Tú aquí de parola, y yo allá consumiéndome la figura, sofocada, sin poder hacer carrera de esos chiquillos.

MONCADA

Pero hija, ¿qué es eso?

GABRIELA

Nada, papá, han perdido el respeto á la institutriz, y á mí me lo perderian también sin las sofás que les doy. (*A Victoria.*) Pero tú, aprendiz de maestra angélica, ¿por qué no vas allá? A ver, domesticame á esos serafines diabólicos.

HUGUET

Pues no vienes poco fuerte.

GABRIELA

Mira, mira (*mostránzole su delantal, desgarrado de arriba abajo*) lo que acaba de hacerme Aurorita.

MONCADA

¡Qué gracioso!

VICTORIA

Por poco te afanas.

GABRIELA

Pues anda tú.

VICTORIA

Ya lo creo que iré. ¡Valiente cuidado me dan á mi travesuras de chiquillos!

GABRIELA

Ya no puedo, no puedo atender á tantas cosas. (*Revolviendo precipitadamente la cesta de costura, saca hilo y aguja y se cose el delantal.*) ¿Sabes, papá, lo que hizo Pepito? Pues meter las dos manos en un plato de natillas, y después ir marcando uno á uno todos los muebles del comedor.

MONCADA

Já, já...

HUGUET

¡Qué mono!

GABRIELA

Merceditas, á quien no puedo quitar la costumbre de hablar como un carretero, me ha llamado... No lo puedo decir. (*Todos sueltan la risa.*) Y Pepito, cuando le pongo de rodillas por no saber la lección, se entretiene en arrancar las hojas de la Gramática... para poner rabos á las moscas.

HUGUET

Lo mismo hacía yo.

MONCADA

Y yo.

GABRIELA

Y á todas estas, la institutriz pone morros, y Celedonia riñe con el ama, y ésta se atufa y me amenaza con irse; y se presenta el marido perdonándonos la vida... En fin, que tengo ya la cabeza como un bombo.

VICTORIA, *bromeando.*

¿Quieres apostar á que voy yo y todo lo arreglo?

GABRIELA

Pues anda, anda... Te cedo la plaza. A ti todo te parece facilísimo.